

¡Nada cambia, pero todo se modifica!

PATRICK PUIGMAL

Doctor en historia. Universidad de Los Lagos
Presidente Fundación de los
Napoleónicos de Chile

La existencia de grupos radicales de ideologías distintas, la revitalización de los nacionalismos, la pérdida de confianza en la democracia o la guerra en o *ad portas* de Europa no son fenómenos que pertenecen exclusivamente al presente.

Los republicanos jacobinos, los ultrarrealistas en París y los ultracatólicos en el oeste francés, los federalistas en el sur, todos con actuares que podríamos calificar hoy de terroristas (cometen atentados causando destrozos, muertos y ponen en peligro la existencia de la república), constituyen fenómenos que conoció Napoleón cuando era conocido como el general Bonaparte.

El desarrollo de los nacionalismos (belga, irlandés, alemán, suizo, italiano o polaco, entre otros) durante la Revolución Francesa y el imperialismo napoleónico prefigura la creación de las naciones modernas europeas del siglo XX y Napoleón supo perfectamente explotarlos para poner en peligro las monarquías centenarias y acelerar la llegada de la modernidad política. Esto explica por qué varios cientos de miles de europeos se juntaron con los ejércitos napoleónicos.

Europa en la época de Napoleón es, de hecho, un inmenso campo de batalla desde las nieves de Rusia hasta la sequía del sur de España, desde los mares interiores hasta los océanos, desde los países nórdicos hasta las regiones bordeando el Adriático.

Napoleón tuvo que manejar todos estos elementos que componían el puzle gigante que intentaba dominar. Por lo tanto, no tendría por qué sentirse abrumado por la situación actual.

Siempre es complejo y riesgoso comparar épocas y contextos, aún más si intentamos interpretar dicha realidad

a través de los ojos o la mente de un personaje que murió hace ya doscientos años. Cuando estudiamos el personaje, podemos determinar que actuó como un visionario desde su primera victoria en Tolón en 1793 hasta más o menos el año 1810, cuando controla casi la totalidad de Europa, con la excepción de Gran Bretaña. Perdió esta capacidad con la desastrosa campaña de Rusia en 1812 y la lucha contra las guerrillas españolas entre 1810 y 1814. Waterloo no fue más que la confirmación de esta pérdida de visión..

Hoy no existe un tal Napoleón, las naciones florecen (aunque con sobresaltos, crisis y una distancia aparentemente cada día más grande entre ellas y los ciudadanos que las componen); las monarquías pierden cada día más credibilidad y a menudo no son más que pantallas protectoras (¿o no?) de regímenes democráticos; la democracia parece seguir siendo el mal menor de todos los sistemas políticos, y no faltan los que piensan en el retroceso valórico y en el fomento de ultranacionalismos como remedios a estas crisis. Si miramos fríamente estas nociones, no es tan grande la diferencia entre 1793, 1805 y 2023, a pesar de los progresos de la educación, de la salud y del bienestar general (evidentemente esto cambia de un país a otro).

El humano siempre tiene tendencia a considerar el presente como superior a todo lo anterior, a pesar de las crisis, los desórdenes, los riesgos o los miedos que genera la incertidumbre del futuro; si bien no se trata de volver al pasado de manera un tanto nostálgica, estudiarlo de manera comparativa y analítica puede ayudar a alejar los miedos y relativizar los dramas de manera de poder aportar las soluciones.

Sin olvidar que ¡Nada cambia realmente, pero todo se modifica! Como podría decir Napoleón con su pragmatismo político aguerrido.



El humano siempre tiene tendencia a considerar el presente como superior a todo lo anterior”.